

BIBLIOTECA
Y ARCHIVO AARÓN
SÁENZ GARZA

¿Qué busca el historiador en los archivos? *Una visión historicista*

Pedro Salmerón Sanginés

Juan Comodoro,
*Buscando agua encontró petróleo
pero se murió de sed.*

Facundo Cabral

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el historiador británico R. G. Collingwood propuso un método para comprender la historia que bautizó como “lógica de pregunta y respuesta”, que no era sino un redescubrimiento del método de Bacon y Descartes, aplicado a la investigación histórica. “Cada uno de ellos —dice Collingwood— había dicho muy claramente que el conocimiento viene de contestar preguntas, y que estas preguntas deben ser las preguntas debidas y hay que preguntarlas en el debido orden”.¹

Según esta lógica, una proposición no existe por sí misma, sino que es respuesta a una pregunta, y pregunta y respuesta son “estrictamente correlativas”, de modo que un pregunta general sólo es lo sumario de todas las preguntas detalladas —y sus respuestas— que uno se va haciendo en el proceso de conocimiento. Dentro de ese complejo, cada pregunta y respuesta tienen que ser pertinentes, pertenecer por igual al todo y al lugar que en él ocupan y cada respuesta debe ser la

respuesta “justa” a la pregunta planteada, la respuesta que nos permita seguir adelante en el proceso del conocimiento.

Para saber si una proposición es verdadera o falsa, significativa o sin sentido, hay que preguntarse a qué pregunta se quiso dar respuesta con esa solución. Esa es una pregunta histórica “y, por tanto, no es posible resolverla sino por métodos históricos”, porque los buenos escritores escriben para sus contemporáneos y en particular, para aquellos que “pueden interesarse”, es decir, aquellos que se están haciendo la pregunta para la que se propone esa respuesta, por lo que la pregunta no suele ser explícita.²

Toda investigación debe partir de una pregunta general previamente planteada y a las preguntas particulares que permiten ir resolviendo la general. Y esa pregunta es mejor cuanto más corresponde a las inquietudes del momento que vive el historiador, y la respuesta (proposición) es mejor, cuanto mejor responde a las preguntas angustiosas que los hombres o algunos hom-

¹ R. G. Collingwood, *Autobiografía*, México, FCE, 1953, p. 33.

² *Idem*, pp. 38-47

bres se hacen en el día. Así Collingwood sugiere que deje de verse en las proposiciones filosóficas, respuestas diferentes a grandes preguntas inmutables, y por lo tanto, dejen de calificarse como respuestas “falsas” o “verdaderas” a preguntas dadas. Collingwood propone que no se puede saber qué tan justa, significativa y pertinente fue determinada proposición a menos que sepamos a que pregunta concreta se estaba dando respuesta con esa proposición, y esa es un pregunta histórica, y sólo puede contestarse tratando de recrear la pregunta planteada y con ella, los dilemas del momento en que la pregunta fue planteada y la respuesta propuesta. De manera que las proposiciones históricas o filosóficas son respuestas a problemas planteados en el día.

En ese sentido, el historiador científico (como llama Collingwood a aquellos que investigan buscando respuestas a preguntas claras y vivas) no va a las archivos, ni a ninguna otra fuente, a ver que encuentra, sino con un objetivo predeterminado, como lo explicó Ramón F. Iglesia a los jóvenes estudiantes de historia de la Universidad de Guadalajara, pocos años después. Según el profesor español, los historiadores que se sumergen en los archivos sin un criterio previo, sin buscar respuestas a preguntas vivas, no hacen sino rescatar documentos y publicar datos “cuyo hallazgo interesa en el mejor de los casos a media docena de personas que están atacadas de la misma chifladura”. Son coleccionistas de datos perfectamente inútiles.

Frente a esta actitud es preciso insistir, una y mil veces, en que sin un criterio previo de selección (sin hipótesis), no hay trabajo histórico posible digno de ese nombre. De no tenerlo nos encontramos con lo que ocurre hoy, con que la mayoría de los historiadores pretenden volcar en sus publicaciones el contenido íntegro de los archivos, sin darse cuenta de que en los archivos sólo tiene cabida una parte mínima de la realidad de los hechos del pasado.

Lo que tienen esos historiadores, si tal puede llamárseles, es miedo a comprometerse y en verdad, “curiosa actitud esa de quienes estudian los hechos humanos, que son esencialmente compromiso, decisión, toma de partido, y que quieren opinar sobre ellos”.³

Podrá haber quien diga que haciéndose a la mar sin prejuicios se han hecho grandes descubrimientos pero yo, francamente, no lo creo. Los grandes descubridores han partido con una idea clara de lo que querían, y si a veces daban con otra cosa, la encontraban gracias a que habían partido con una idea fija, así fuera otra idea, y no sin idea de ninguna especie. Así Colón; si encontró América, fue porque preparó concienzudamente su viaje a las Indias, y convencido estuvo de que a las Indias había llegado: hubo que esperar a Américo, que estaba convencido de que se había descubierto un mundo nuevo, y partió a demostrarlo, para que se supiera que eso había pasado. Así Magallanes, que partió de Sevilla con la idea fija de que en algún lugar debía terminar América, o existir un estrecho, y en su búsqueda partió, convencido de que existía, aunque no tuviera idea de donde estuviera, cosa que se guardó muy bien de decirle al emperador Carlos. Y en otros campos, si Arquímedes y Newton dieron con el principio y la ley que llevan sus nombres respectivos, gracias a las pintorescas anécdotas de la bañera y la manzana, no fue que se les ocurriera de la nada, sino que ambas “casualidades” ocurrieron en medio de una apremiante y apasionada búsqueda de respuestas a preguntas previa y claramente planteadas.

De la misma manera, quienes escriben los grandes libros de la historia, los que responden a preguntas urgentes y no los que satisfacen a media docena de chiflados (Iglesia dixit), buscan en los archivos respuestas a sus preguntas, como lo buscan en otros muchos lados: ninguno de esos libros se basa

³ Ramón F. Iglesia, “La Historia y sus limitaciones”, en *El hombre Colón y otros ensayos*,

únicamente en fuentes de archivo, y varios de ellos incluso prescinden de ellas. Porque como dice Iglesia, la verdadera tarea del historiador “no comienza hasta que, en presencia de un cierto número de materiales, de documentos del pasado, por fuerza limitados e incompletos siempre, no emprende su labor de elaboración y de síntesis”.

Un historiador puede insuflar nueva vida a los restos inertes del pasado convirtiéndolos en historia, y entre esos restos inertes del pasado los archivos ocupan un lugar sumamente importante. Cuando un buen historiador se hace a la mar en ellos, sabe qué busca, pero no basta con un buen barco y una idea fija: necesita de brújula, compás, astrolabio y, si las hay, cartas de marear. En el repositorio documental de que debo hablar aquí, el Archivo Histórico General y Licenciado Aarón Sáenz Garza, existen unas magníficas cartas de marear preparadas por el profesor Salvador Salceda. En los índices del catálogo del Archivo se pueden encontrar lo mismo los estudios técnicos y financieros sobre los ingenios del grupo Sáenz o sobre la industria azucarera en general; que una nutrida correspondencia de Aarón Sáenz con militares y políticos de primera fila de los años revolucionarios y posrevolucionarios (de 1915 a 1935). La lista de estos es larga, y están en ella casi todos los secretarios de Estado de los gabinetes de Obregón, Calles y del maximato, gobernadores de los estados, jefes de operaciones militares, legisladores, líderes políticos, etc. Muchos asuntos de la política menuda de esos años, de cómo se tejían tras bambalinas los acuerdos fundamentales, de cómo se acomodaban los diversos grupos de poder, pueden rastrearse a través de esa parte del Archivo.

Hay documentos muy interesantes que pueden prestar nueva luz a uno de los

momentos más difíciles de las relaciones entre México y los Estados Unidos en los años 1925 a 1927, cuando Aarón Sáenz fue Secretario de Relaciones Exteriores: importantes documentos y estudios técnicos sobre los intereses de las compañías petroleras estadounidenses, que no encontramos en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, están en el Archivo de Aarón Sáenz. Igualmente, hay en el archivo valiosos estudios y opiniones sobre la Ley Federal de Trabajo, que se aprobó en 1931 durante la gestión de Sáenz como Secretario de Industria, Comercio y Trabajo.

Muchos hechos y detalles altamente significativos sobre la crisis política desatada en 1928 por el asesinato del general Obregón, y la construcción del Partido Nacional Revolucionario, coyunturas en las que la participación de Aarón Sáenz fue fundamental, pueden seguirse en diversos expedientes del Archivo y en los más de 150 volúmenes de documentos originales compilados en la época por el propio Sáenz y que forman al Archivo Político Aarón Sáenz.

Los materiales del Archivo Político Aarón Sáenz no son los únicos adjuntos al Archivo Histórico General y Licenciado Aarón Sáenz Garza: también están los valiosísimos documentos para la historia del porfiriato y la Revolución en Sonora y, en menor medida, Chihuahua, compilados y transcritos por Manuel González Ramírez y Francisco R. Almada bajo los auspicios del Patronato para la Historia de Sonora (financiado por Aarón Sáenz), que forma el Archivo Histórico de la Revolución Mexicana.

Mucho más hay, El Archivo Aarón Sáenz es un repositorio documental muy valioso, muy bien organizado, que debería ser visitado por quienes trabajan la historia del siglo XX mexicano.